



Bruno Munari, tres *Scrittura illeggibile (di un popolo sconosciuto)*, de 1978, 1975 y 1991.

van caminando laboriosas por las arrugas de la corteza, haciendo pequeños progresos, o cuando se detienen a tomar el sol sobre el fino toldo verde de las hojas y miran de frente, con sus ojos rojos con talla de diamante. Una por una saltan las fibras bajo la enorme presión fría de la tierra, y luego llega la última tormenta y hace caer las ramas más altas: otra vez penetran en el suelo. Aun así la vida no ha terminado; hay un millón de vidas pacientes que observan quietas un árbol, en cualquier parte del mundo: en los dormitorios, en los barcos, en la acera, en los salones donde los hombres y mujeres se sientan después del té a fumar un cigarrillo. Este árbol está lleno de pensamientos apacibles y felices. Me gustaría cogerlos uno a uno, pero algo se interpone en mi empeño. ¿Dónde me encontraba? ¿De qué trataba todo esto? ¿Un árbol? ¿Un río? ¿Los Downs? ¿El almanaque de Whitaker? ¿Los campos de asfódelo? No me acuerdo de nada. Todo se mueve, se cae, se resbala, se desvanece... Hay una inmensa turbulencia en la materia. (...) Pero no entiendo por qué tenemos un caracol en la pared.

Ah, la marca de la pared. Era un caracol.

Debió de ser a mediados de enero del presente año cuando, al levantar la mirada, vi por primera vez una marca en la pared. Para determinar la fecha exacta necesito recordar lo que vi. Recuerdo el fuego; la página del libro cubierta por un velo amarillo; los tres crisantemos en el florero redondo de cristal, en la repisa de la chimenea. Sí, debió de ser en invierno, y ya habíamos terminado de tomar el té, porque recuerdo también que yo estaba fumando un cigarrillo cuando levanté la mirada y me fijé en que había una marca en la pared. Miré a través del humo del cigarrillo y me detuve un momento en las brasas ardientes; me vino a la memoria aquella antigua imagen de la bandera carmesí ondeando en la torre del castillo, y pensé en el desfile de caballeros de rojo que subían por un costado de la roca negra. La visión de la marca interrumpió la visión del recuerdo, para mi tranquilidad, pues se trata de una imagen antigua que siempre llega de pronto, una imagen conformada tal vez en la niñez. La marca era pequeña y redonda, negra sobre la pared blanca, y estaba sobre la repisa de la chimenea, unas seis o siete pulgadas de altura.

Con qué facilidad se enjambran nuestros pensamientos sobre un objeto nuevo: lo levantan un poco, febrilmente, como hacen las hormigas con una brizna de paja, para después dejarla abandonada. Si la marca fuera de un clavo no pudo ser para colgar un cuadro, sino una miniatura: la miniatura de una dama con bucles empolvados de blanco, mejillas empolvadas de rubor y labios como claveles rojos. Falso, sin duda, porque la gente que vivió en esta casa antes que nosotros elegía los cuadros de esa forma: un cuadro antiguo para ponerlo en una habitación antigua. Eran esa clase de gente: muy interesante, por cierto; pienso muchas veces en ellos, me vienen a la memoria en lugares de lo más extraño; pienso en que nunca volveré a verlos y me quedará sin saber qué ocurrió después. Querían dejar la casa porque planeaban cambiar el estilo del mobiliario, según dijo él, y parecía dispuesto a aclarar que, en su opinión, el arte siempre debería tener una idea de fondo, cuando nos encontramos cada uno por nuestro lado, igual que nos ocurre con la dama que se dispone a servir el té o el muchacho que está a punto de golpear la pelota de tenis en el jardín trasero de una casa de las afueras y que nosotros vemos desde el tren, al pasar a toda marcha.

Pero esa marca... No estoy segura de cómo se hizo; no creo que fuera por un clavo, la verdad: es demasiado grande y demasiado redonda. Podría levantarme e ir a mirar, pero apuesto diez contra uno a que ni aun así lograría asegurarlo; y es que una vez que una cosa está hecha, nadie recuerda cómo se ha hecho. ¡Ah, el misterio de la vida! ¡La imprecisión de la memoria! ¡La ignorancia de la humanidad! Para probar el escaso control que tenemos sobre nuestras posesiones —a fin de cuentas, vivir es un asunto puramente accidental a pesar de lo asentado de nuestra civilización— permítanme contar algunas de las cosas que se pierden en el curso de la vida, comenzando por la que parece ser la más misteriosa de todas las pérdidas: ¿Qué gato iba a mordisquear, qué rata iba a roer, tres cestos azul claro con herramientas para encuadernar libros? Había también jaulas para pájaros, unos aros de hierro, los patines de acero, un cubo para el carbón estilo Reina Ana, un tablero para jugar a bagatela, el organillo. Todo ha desaparecido. Las joyas también. Ópalos y esmeraldas están ahora enterrados entre las raíces de los nabos. ¡Qué cosa tan espeluznante! Y lo más sorprendente es que en este momento voy vestida con cualquier cosa y estoy sentada, rodeada de muebles de madera maciza. Y es que, si queremos explicar la vida con una comparación, podría decirse que es como ser lanzada en el metro a cincuenta millas por hora y llegar al otro extremo del túnel sin que te quede una sola horquilla

en el pelo. ¡Arrojados a los pies de Dios completamente desnudos! Caer rodando por las praderas de asfódelos como caen esos paquetes envueltos en papel por la rampa de la oficina de Correos. Con el pelo al viento como si fuera la cola de un caballo de carreras. Sí, eso parece expresar la velocidad de la vida, el desgaste y la reparación perpetuos; tan fortuito todo, tan caótico...

Pero... y la vida. Esa poda lenta de los tallos verdes y gruesos para que el cáliz de la flor al girarse, nos inunde con su luz púrpura y roja. ¿Por qué, después de todo, no debería uno nacer allí en lugar de haber nacido aquí, indefenso, mudo, incapaz de enfocar la vista, rebuscando entre las raíces de la hierba, entre los dedos de los pies de las Gigantes? Y si nos proponemos decir qué son árboles, qué son hombres y mujeres o si existen tales cosas, no estaremos en condiciones de hacerlo durante cincuenta años o más. No habrá más que espacios de luz y oscuridad, cruzados por gruesos tallos y, quizás, más arriba, manchas en forma de rosa pero de un color indefinido —tonos muy tenues de rosa y azul— que a medida que pasa el tiempo se irán definiendo más, se convertirán en... No sé en qué se convertirán.

Y sin embargo, esa marca que hay en la pared no es un agujero. Quizá la haya provocado alguna sustancia negra y redonda, como un pequeño pétalo de rosa, que se quedó ahí el último verano y yo, como no soy un ama de casa muy atenta... no hay más que ver el polvo, por ejemplo, que hay sobre la repisa de la chimenea, polvo que según dicen sepultó Troya tres veces: sólo hay algunos fragmentos de vasijas que se niegan de plano a ser aniquilados, como puede verse.

El árbol de fuera, junto a la ventana, golpea suavemente el cristal. Quiero pensar con tranquilidad, con calma, con espacio, que no me interrumpen, no tener que levantarme de la silla, pasar con ligereza de una cosa a otra sin sensación de dificultad o de obstáculo. Quiero hundirme más y más profundo, lejos de la superficie, con sus hechos aislados, complicados. Calmarme, permitirme el lujo de atrapar la primera idea que pase... Shakespeare... Está bien, me vale el igual que cualquier otro. Un hombre que se sentaba tan tranquilo en un sillón y contemplaba el fuego, y así caía eternamente una lluvia de ideas, desde un cielo muy alto, justo sobre su mente. Apoyaba la frente en las manos y la gente miraba a través de la puerta abierta... Y es que esta escena, se supone, tuvo lugar una noche de verano. (...)

Bajo algunas luces da la impresión de que esa marca de la pared sobresale un poco. No es totalmente circular. No puedo asegurarlo, pero parece proyectar una sombra perceptible que me lleva a pensar que si paso el dedo por esa franja de la pared, en un determinado punto, se elevaría una especie de túmulo que descendería después, un túmulo suave como ésos que hay en South Downs y que son, o eso dicen, cementerios o campamentos. Si tengo que elegir entre ambos me quedo con los cementerios, porque como la mayoría de los ingleses busco la melancolía y encuentro natural, al final del camino, pensar en los huesos inhumados bajo la turba... Tiene que haber algún libro que lo cuente. Algún experto arqueólogo tiene que haber excavado para sacar esos huesos y darlos un nombre... ¿Qué tipo de persona es un arqueólogo, me pregunto yo? Coroneles retirados en su mayoría, me atrevo a afirmar, que dirigen cuadrillas de obreros añosos, examinan terrones y piedras y mantienen correspondencia con los clérigos de los alrededores, cartas que, leídas en el desayuno, les dan una enorme sensación de importancia, mientras la comparación de las puntas de flecha les obliga a trasladarse campo a través hasta las grandes ciudades del condado, una obligación muy agradable tanto para ellos como para sus esposas, que desean hacer confitura de ciruelas o limpiar el despacho, y tienen toda la razón del mundo al querer mantener esa gran pregunta campamento o cementerio en eterno suspense, mientras el propio coronel se

siente agradablemente filosófico al acumular pruebas que avalan los dos extremos de la cuestión. Es cierto que al final se inclinará por creer que es campamento, y, al encontrar oposición, les lanza un discurso que está a punto de leer en la asamblea trimestral de la sociedad local, pero sufre una apoplejía y sus últimos pensamientos conscientes no son para su esposa e hijo, sino para el campamento y la punta de flecha, que ahora está en una vitrina del museo local junto al pie de una asesina china, un puñado de clavos isabelinos, un buen montón de pipas de arcilla de la era Tudor, un trozo de vasija romana y la copa de vino de la que bebía Nelson, con lo que no sé qué se demuestra.

No, no, no se demuestra nada, no se sabe nada. Y si decidiera levantarme en este mismo momento para asegurarme de que la marca de la pared es realmente... digamos, la cabeza de un clavo gigantesco que se clavó allí hace doscientos años y que ahora, gracias a la paciencia de muchas generaciones de criadas que la han frotado, asoma atravesando la capa de pintura y obtiene su primera imagen de la vida moderna al contemplar esta habitación de paredes blancas, iluminada por la lumbre, ¿qué sacaría o de pie. ¿Y qué es el conocimiento? ¿Qué son los hombres instruidos que hay entre nosotros, sino los descendientes de brujas y ermitaños que se agazapaban en cuevas y bosques y se ponían a cocer hierbas, a interrogar a las musarañas y a transcribir el lenguaje de las estrellas? Pero cada vez les honramos menos, porque nuestras supersticiones ya no son tantas y nuestro respeto por la belleza y la salud de la mente va en aumento... Sí, podemos imaginar un mundo muy agradable. Un mundo tranquilo y espacioso, con las flores tan rojas y azules en los campos. Un mundo sin catedráticos ni especialistas ni amas de llaves con perfil de policía, un mundo que uno pudiera surcar con la mente como un pez surca el agua con la aleta, mordisqueando los tallos de los nenúfares suspendidos sobre nidos de huevos marinos blancos... Que apacible es todo aquí abajo, arraigado en el centro del mundo, levantando la vista hacia las superficies, atravesando las aguas grises con sus repentinos destellos de luz y sus reflejos... Si no fuera por el Almanaque de Whitaker. Si no fuera por ese maldito registro.

Tengo que ponerme en pie rápidamente y comprobar con mis propios ojos qué es esa marca en la pared: ¿Un clavo, un pétalo de rosa, una grieta en la madera? (...)

De hecho, ahora que he puesto los ojos en ella, me siento como si me hubiera agarrado a una tabla en el mar. Me invade una sensación de realidad muy agradable al ver como los dos arzobispos y lord canciller regresan a lo más tenebroso de las sombras. Y ahí hay algo patente, real. Y así, al despertarnos después de soñar cosas horribles, encendemos la luz y nos quedamos inmóviles, adorando la cómoda, adorando la solidez, adorando la realidad, adorando el mundo impersonal que demuestra la existencia de otras vidas, aparte de la nuestra. Y ésa es la certeza que buscamos. La madera siempre es un pensamiento agradable: viene de un árbol; los árboles crecen y nosotros no sabemos cómo crecen. Durante años y años crecen sin prestarnos atención, en las praderas, en los bosques, junto a los ríos: todas las cosas en las que nos gusta pensar. Las vacas menean la cola cuando aprieta el calor de la tarde; pintan ríos tan verdes que cuando una gallineta se sumerge en ellos casi esperamos que salga con todas las plumas verdes. A mí me gusta pensar en los peces que se mecen en la corriente como banderas que ondean al viento, y en las chinches de agua que construyen despacio cúpulas de barro en el lecho del río. Me gusta pensar en el árbol en sí: primero, la sensación íntima y seca de ser madera; luego zarandeo de la tormenta; después la savia que supura lenta y deliciosa. Me gusta pensar en todo eso también en las noches de invierno, en medio del campo desierto con todas las hojas rizadas cerradas, para no exponer las partes más tiernas a las balas metálicas de la luna, mástil desnudo sobre una tierra que va rodando, rodando, toda la noche. El canto de los pájaros ha de sonar fuerte y extraño en junio; y que frías deben sentirse las patas de los insectos cuando